

dad a Barcelona, trajo innovaciones que fueron infiltrándose entre aquellas sencillas gentes. Vestidos, bailes, juegos... cambiaron...

Pero el camino no cambió. La construcción del trozo de carretera que había de ser elemento básico de la prosperidad del pueblo al facilitar el acceso al mismo, fue siempre mirada con general indiferencia... aún hoy, que cuenta el Municipio con medios para lograr tal empresa. Y año tras año, cuando en el mes de septiembre los largos mástiles enfilan por el angosto sendero, y, sorteando peligros, logran a costa de audacia y penoso esfuerzo alcanzar la cima, echan de menos entonces aquellas gentes el buen camino, hablan de su construcción, aseguran que ésta se iniciará pronto... mas se olvidan nuevamente de la carretera ante la alegría y bullicio de los días de fiesta mayor.

Así pasan los años, para el pueblo, sin carretera.

---

He cerrado los ojos instintivamente al contemplar ese episodio puebleño, año tras año repetido, y he aplicado el ejemplo a los males endémicos que aquejan a nuestra Patria. La inacción que priva a este pueblo del buen camino —me dije— es la misma que impide se acometan muchas obras públicas; ella convierte en yermos, campos que podrían producir abundantemente, permite que se pierdan para la patria muchas inteligencias y, al ahogar todo estímulo, aboca a quienes cultivan importantes profesiones o cargos públicos, por la pendiente de una supina inercia. Actuar, luchar, sacrificarse por el bien de los conciudadanos, que es el propio, viene a ser hoy un mito.

Todos clamamos, sí, contra los vicios de nuestra administración. Son pocos los convencidos que procuran aportar diariamente el grano de arena del mejoramiento personal, base de la prosperidad colectiva. Quien por quijotismo inicia una cruzada en este sentido, se vé solo. Contados son los que, enzarzados en asuntos que afectan más a sus conciudadanos que a sí propios, pueden dormir al final de la jornada con la noble satisfacción del deber cumplido.

Todo se espera de los Gobiernos, como espera aún el pueblo de referencia la dichosa carretera, cuando por decoro propio debiera esto avergonzarle. Los Gobiernos, tienen la culpa de cuantas calamidades nos acosan... como la tuvo en el pasado siglo el clero, como fue elcausante de todas las desgracias el burgués en época no remota...

Y el ciudadano español se queda tranquilo y satisfecho cuando aligera su conciencia en la tertulia con unos amigos, despoticando a sus anchas de los malos gobernantes que hemos soportado... como el payés de este pueblo, para sincerarse ante el forastero del mal camino, culpa sistemáticamente a los políticos de no haber construído la carretera...

---

El rumor de la suave brisa de estío, aumentada considerablemente por el cimbreo de las ramas del vecino bosque, parecía claramente modular aquellas proféticas palabras, no por repetidas, menos ciertas: "Cada pueblo tiene los gobernantes que se merece".

¿Cuándo, Señor —exclamé— infundirás en el alma de ese bendito pueblo el "surge et ambula", que ha de hacerlo próspero?